

1.º Los diez libros de las *Reconociones*.

2.º Las diez y nueve homilias que comúnmente se llaman *Clementinas*.

3.º Las *Epístolas Decretales*.

4.º Las *Constituciones apostólicas*.

Por más que no se tenga la seguridad de que estas últimas fueron obras escritas por San Clemente, su veneranda antigüedad y la pureza de la doctrina en ellas contenida, hacen que se les atribuya verdadera importancia y autoridad por todos los patrologistas.

(Continuará.)

EL SUICIDIO.

Antiguamente un suicidio espantaba á muchos y era motivo de escándalo para todos, y por fortuna los tribunales no tenían que registrar este delito sino de tiempo en tiempo.

Al presente es cosa común.

No hay día que los periódicos dejen de dar cuenta con uno ó varios suicidios consumados en la capital ó en cualesquiera ciudades de los Estados, y sin embargo nadie se alarma, nadie se preocupa ya de ellos.

Acaso ni en pleno gentilismo atentaron tan frecuentemente los hombres contra su existencia, como en estos desgraciados tiempos de cultura social, de brillante progreso y de tan adelantada civilización.

Se suicida el banquero arruinado, y la costurera burlada por un amante; el soldado valiente y el tímido menestral; se suicidan jóvenes y viejos, sábios é ignorantes, personas achacosas é individuos que gozan de buena salud.

¿A qué debe atribuirse esa tendencia al suicidio que desde hace algunos años venimos observando? Los sabios á la moderna dicen que es resultado de una la mayor parte de los

que mueren por su propia mano, son enfermos, desgraciados neuróticos que nos parecen sanos y que no lo están.

Los escritores católicos, sin negar que en muchos casos son locos ó enajenados los que atentan contra su propia vida, han dicho y sostenido siempre que á la relajación de las costumbres, y más que a nada, á la pérdida de las creencias religiosas se debe el aumento espantoso de este delito, y nunca, en ningun tiempo aceptarán que todo suicidio es un caso de enajenación mental, por la muy sencilla razón de que todo aquel que muere de tan horrenda muerte es siempre un descreído, un incrédulo más ó ménos franco y más ó ménos culto. Esto no tiene réplica. Averígüese la vida de cualquier desgraciado que ha muerto suicidado, y raro, rarísimo será aquel que haya sido un buen cristiano, un católico práctico.

Esto se explica á maravilla. Cuando se cree que esta vida no es más que un viaje penoso á través de un valle de lágrimas; cuando se sabe que más allá de la tumba hay un lugar donde seremos castigados por nuestras culpas ó premiados por nuestros méritos; cuando se está seguro de que todas las desgracias que aquí nos persigan, ya buscadas por nosotros mismos, ya mandadas por Dios para probar nuestra fé y hacernos dignos de un premio inmortal, vienen del cielo, nadie busca en el veneno ó en las armas el remedio á pasajeros males, antes por el contrario, se siente fuerte y robusto para afrontar las privaciones, para resistir los embates de aciaga fortuna, y con ese valor heroico del verdadero cristiano encuentra, en lo mismo que trata de abatirlo y postrarlo, fuerzas suficientes para vencer la situación más difícil y sufrir paciente y resignado las tempestades de la adversidad.

No procede así el hombre que olvidado de Dios pone su esperanza en los hombres y fia de las cosas terrenas. A éste el dolor le exaspera desde luego, la menor contrariedad le irrita, no sufre desgracias ni enfermedades, y como

no espera premios ni teme castigos, busca en un vaso emponzoñado ó en una arma mortífera la paz tenebrosa de la nada.

Y no puede suceder de otra manera á todos esos que viven en el torbellino pavoroso de la brillante vida moderna, ignorantes ú olvidados del origen y de los destinos del hombre, devorados por insaciable envidia, agujoneados por desenfundadas ambiciones excitadas por el alcohol, corroidos por los vicios, en medio de la sociedad descreída y sensual de los actuales tiempos.

Nunca como ahora han imperado en el mundo el egoísmo y la soberbia, nunca como en este siglo ha estado el hombre dominado por la concupiscencia. Todo concurre á asegurar el imperio de estos vicios: la vida moderna que tan vivamente despierta los sentidos; la sed de aplausos que favorece y exalta todas las rebeldías de las inteligencias; las exigencias sociales que crudescen la ambición; el lujo y los placeres para los cuales siempre resultan insuficientes los productos del trabajo; el alejamiento cada día mayor de las virtudes cristianas, todo contribuye á asegurar el triunfo de los vicios y de la incredulidad.

¿Que puede esperarse de una sociedad corrompida por esos sabios ó seudosabios que hoy son designados con un nombre que fué conocido de la antigüedad con el nombre de *pensadores*? ¿Que puede esperarse de una sociedad informada por tantas negaciones en la cual se niega hasta la existencia de Dios?

Víctor Hugo, ese ilustre poeta, víctima del orgullo en sus últimos años, decía allá en sus buenos tiempos, cuando la vanidad no le habia desvanecido.

Mais parmi ces progrès dont notre âge se vante
Dans tout ce grand éclat d'un siècle éblouissant,
Une chose ó Jesus, en secret m' épouvante,
C'est l'écho de ta voix qui va s'affaiblissant.

Es cierto. ¡Cuántos no quieren oír

la voz del Salvador! ¡Cuántos para no oírla y que otros no la oigan alzan tremendo vocerío, semejante á aquel con que el pueblo deicida pedía la crucifixión del Hijo de Dios! Ese clamoreo de los deicidas de hoy, era el que pretendía acallar la voz de Jesucristo que el poeta creía débil.

No; Jesucristo habla hoy lo mismo que habló en lo alto de la Cruz, pidiendo perdón por sus enemigos; pero los hombres no quieren oírle, entregados como están á las pompas y vanidades del mundo.

Por eso es ya casi nulo el escándalo que produce el suicidio; por eso tan atroz delito pasa inadvertido, es el pan de cada día, no provoca censura y hasta merece elogio de ciertos escritores; es aprobado por ellos y hasta ha merecido ser considerado como el ejercicio de un derecho.

Debemos los periodistas católicos ser más enérgicos y francos cuando se trata de un suicidio.

Callar á veces, y otras no consignar noticia alguna acerca de esos, ó censurarlo prudentemente, pero con la franqueza de cristianos: compadecer al desventurado que atentó contra el mayor don de Dios, que es la vida, y mostrarnos terribles contra el delito.

Dada la frecuencia del suicidio debemos suponer que se comete con todo el conocimiento, sin que haya neurósis ni enfermedades que le disculpen.

En los momentos de la muerte abre el Señor los tesoros de su arcana bondad.... Pero "¡Ay de aquellos que como dice L. Veillot—tendrán que hacer más con la justicia de Dios que con su misericordia!

MONSEÑOR CAZET

Y LA MASONERIA.

Según lo dijimos á su tiempo, Monseñor Cazet, S. J., Vicario Apostólico de

Madagascar, fué condenado por el Tribunal de Aix à pagar 1,000 francos de multa, y 10,000 francos de indemnización á dos francmasones franceses, quienes dizque habían sido atacados en un opúsculo escrito por aquel Prelado, y perdido la fama que para un francmasón es aun más preciosa que la vida!

La sentencia era á todas luces incua, y Monseñor Cazet apeló de ella á la Corte de Casación de París. El resultado ha sido el que todos los buenos esperaban, esto es: declarar de ningún valor el fallo del Tribunal de Aix. Los *Considerandos* que motivan esta nueva decisión, son tan enérgicos y tan luminosos, que la conciencia pública queda plenamente satisfecha, y los miembros de la tenebrosa secta se muerden los labios por la derrota que les ha sido infligida.

Y aquí no estará por demás señalar las obras llevadas á cabo en Madagascar bajo el impulso de aquel venerable Prelado, cuyo celo han pretendido paralizar los francmasones tan enemigos del Catolicismo. como de su misma Patria. En 1861, cuando los Jesuitas se establecieron en Madagascar, no había allí un solo católico, mientras que ahora el número de los fieles asciende á más de 130,000. Los religiosos han construido una Catedral, 200 iglesias y capillas, 400 escuelas, una leproseria, un Observatorio astronómico, etc., etc. Con el amor al Catolicismo, los misioneros han inspirado á los malgaches también el amor á Francia; y deberá un Gobierno verdaderamente patriota perseguirlos, más bien que animarlos y defenderlos.

Honor á la Iglesia Mexicana.

Por un cablegrama dirigido de Roma se comunicó que el día 6 del pasado la S. Congregación de Ritos había concedido nuevo oficio y Misa para el 12 de

Diciembre en honor de la Exelsa patrona de los Mexicanos N. S. de Guadalupe.

Una broma de Edison.

No hace mucho tiempo, el célebre electricista dió un banquete en su suntuosa casa en honor del Club Franklin. En la sala había una estatua de cera del ilustre inventor del para-rayos, que removía los ojos, agitaba los brazos y abría la boca para hablar.

De vez en cuando la estatua dejaba oír, con ayuda de un fonógrafo que tenía en la garganta, palabras en elogio de los invitados, y los felicitaba por sus trabajos, lo cual excitaba naturalmente el entusiasmo de los comenales.

Al fin de la comida se acercaron dos esqueletos rodeados de una luz fantástica y se pusieron á recitar dos versos ingleses, cuyo sentido era:

"Hemos sido en otro tiempo lo que vosotros sois ahora, y seréis un día lo que somos hoy."

Esta aparición inesperada sembró el pavor en toda la concurrencia.

OBITUARIO.

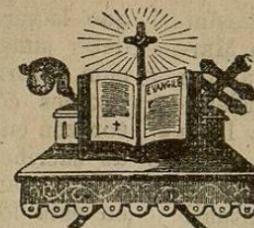
El día 26 del pasado falleció en Orizaba El Ilmo. Sr. Obispo de Veracruz Dr. D. Ignacio Peredo.

Dios N. S. tenga piedad de nuestra Iglesia Mexicana pues en tres meses transcurridos del presente año, llevamos ya dos Prelados menos.

R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, ABRIL 22 DE 1894.

NUM. 56

SECCION I.

DISCURSO

DE S. SANTIDAD LEON XIII,

A LOS MIEMBROS

DEL APOSTOLADO DE LA ORACION.

"Gratísimo y consolador es para Nuestro corazón paternal recibir á esta espléndida representación del Apostolado de la Oración, á la cual vemos con placer unida una falanxe escogida de milaneses, formando una digna corona de hijos en derredor de su Padre común.

"Guiados por la fé, animados por vuestro ardiente amor á la Sede Apostólica, habéis venido á darnos muestra de vuestro filial afecto y vuestra alegría por el insigne favor que Dios Nos ha concedido, prolongando nuestros días hasta poder celebrar este año Nuestro Jubileo Episcopal. Esta nueva prueba de vuestro amor Nos conforta é indemniza admirablemente del abandono en que Nos han dejado muchos hijos degenerados, pero siempre amados, y del

odio injusto con que otros nos persiguen, y también á la Iglesia.

"Representais en este momento á una de las Asociaciones más amadas de Nuestro Corazón, el Apostolado de la Oración, planta nueva que hoy tanto embellece y alegra el jardín del divino Cultivador. Aunque de humilde germen y recientemente nacidas, esta planta se eleva ya á prodigiosas alturas, y su sombra benéfica se extiende por todo el mundo cristiano reuniendo en torno suyo innumerable multitud de fieles de diversas naciones, unidos todos en un solo pensamiento, en una intención común y en una misma práctica de piadosos ejercicios y de virtudes cristianas.

"Esto solo, sin contar otros méritos, bastaría para aseguraros un título especial á Nuestro amor, porque Nos hemos alentado y favorecido siempre á esta vuestra Sociedad, y todos los meses hemos bendecido la *intención* que periódicamente se asigna á vuestras plegarias.

"Otro motivo aumenta más nuestro afecto hacia vosotros, y es que vosotros no sois solamente los apóstoles de la Oración, sino de una oración dirigida al Sacratísimo Corazón de Jesús, y muy especial para inflamar las almas con una devoción que hoy puede decirse es característica de la Iglesia, el arca de su salvación, la prenda de su futuro triunfo, en la cual se cifran todas nues-